

XXV.

LA MUJER.

Como resumen de los seis capítulos que anteceden, en los cuales se trata de la mujer, bajo aspectos diversos, el autor de este libro créese en el deber de formular aquí sus opiniones con toda franqueza al objeto de evitar torcidas interpretaciones que pudieran surgir del tono ligero que emplea en la pintura de algunos tipos de esta *Galería*.

Importan muy poco al autor—y aprovecha esta ocasion para decirlo—las censuras que varios de sus amigos políticos le han dirigido alguna vez, tachándole de *poco liberal*, por sus ideas, publicadas, acerca de la emancipacion de la mujer, bastándole en ésta como en todas las ocasio-

nes, marchar de acuerdo consigo mismo dando satisfaccion á su conciencia.

* * *

Muchos son los escritores que en todos los tiempos, especialmente en la época moderna han consagrado sus fuerzas intelectuales y el fruto de sus conocimientos al estudio de la mujer en su triple aspecto histórico, psicológico y fisiológico, sacando, como es natural, de la ciencia la historia y la filosofía los materiales necesarios á sus argumentaciones respectivas. Teniendo en cuenta la excesiva latitud con que el asunto se ha tratado y la diversidad de opiniones y teorías al efecto formuladas, parecería lógico haber llegado al agotamiento del tema. No ha sucedido así por una razon tan poderosa como sencilla. El estudio de la mujer es el estudio de la humanidad en su más interesante aspecto; la mujer es la más viva encarnacion del amor, la representacion más genuina del sentimiento, y el sentimiento y el amor, informando la vida toda, son fuentes inagotables y campos fecundísimos donde siempre ha de encontrar algo nuevo la facultad investigadora del hombre, por mucho que la ciencia analítica haya penetrado los misterios del corazon y de la naturale-

za. Nada más antiguo y á la vez más nuevo que el amor.

El estudio de la mujer, lo mismo que el del hombre, ofrecerán siempre ancho campo al humano entendimiento para engolfarse en las regiones de la metafísica, no solo por esa ley fatal del progreso que cambia incesantemente las fases de las causas eternas para hacer posible la aspiracion del ideal, sino tambien y muy principalmente por las alteraciones que ese mismo progreso impone á la sociedad y al individuo en sus evoluciones moleculares ó histológicas, en sus conquistas científicas y en la constante movilidad del estado político, que vienen á modificar esencialmente las condiciones físicas, económicas y sociales que imprimen nueva direccion á los afectos y á las pasiones, de donde arrancan como de su base natural las costumbres públicas y privadas. No está, pues, agotado el tema. El estudio del corazon humano será siempre nuevo: tomando como objetivo la mujer, sobre nuevo será interesante, ó más propiamente dicho, de una importancia capital, por la influencia decisiva que la mujer ejerce en la familia, que es el fundamento de la sociedad y la raíz del Estado.

Entre los centenares de libros que se han escrito acerca de la mujer, son muy contados aque-

llos que hieren la cuestion en sus fundamentos esenciales. La apología servil y la diatriba violenta dominan casi por igual en esos estudios. Si del campo de la disertacion, la ciencia, y la historia pasamos á la literatura puramente imaginativa, tropezamos con los poetas, y aquí ya es imposible vislumbrar un relámpago de razón ó de imparcialidad. La mujer es alternativamente un ángel ó un demonio, nunca una criatura humana cuyas acciones determinan las groserías de la materia y las delicadezas del espíritu. El escritor y el filósofo, y más singularmente el poeta, se dejan influir, con lamentable frecuencia, al tratar de la mujer, de las circunstancias que le rodean, de los sucesos más culminantes de su vida en su contacto con este sér, cayendo como es consiguiente, en el error y el extravío, al aplicar un caso concreto á la regla de universalizacion en que deben tratarse las cuestiones de interés general. De esta perniciosa influencia han nacido la amarga hiel de Rousseau, la tétrica melancolía de Leopardi y las ironías sangrientas de Balzac.

El escritor no tiene sexo al arrojar sus opiniones en medio de la plaza pública, en el torbellino de las pasiones que dominan á la multitud y en la tranquilidad del hogar doméstico: es, ó debe ser, el espíritu de su tiempo, la

filosofía de su siglo, la esperanza del porvenir, la inteligencia levantada é incorruptible que bebe en la clara fuente de la justicia: comprendiéndolo y dominándolo todo, no ha de buscar en ningun caso su propio provecho sino como reflejo ó resultado del bien general; su voz no ha de ser el eco de sus particulares intereses, y por lo tanto, su mision y su influencia en la marcha de la humanidad, colocándole sobre el vulgo de las gentes, le hace al propio tiempo impersonal, intangible como el espíritu que le anima concediéndole el triste privilegio del talento y de la experiencia.

Agradable y útil por muchos conceptos es el estudio de la mujer; pero ¡cuán poco se ha estudiado tan *bello asunto* á pesar de lo mucho que sobre él se ha escrito! Los unos culpan á la mujer de todos los dolores é infortunios del hombre, y los otros, por el contrario, ven en el hombre la causa fundamental y permanente de todos los males, desgracias y vicisitudes de la mujer. ¡Media humanidad anatematizando la otra media! La historia de siempre. Muy pocos, en verdad, se remontan á las causas originarias del mal, buscando en la imperfeccion de las instituciones y en los hechos de la naturaleza los dolores y miserias que aquejan á esta indócil humanidad en el cumplimiento de sus destinos.

Lo mismo el hombre que la mujer son, por las condiciones constitutivas de su organismo, susceptibles, alternativamente, de buenas y de malas acciones. Si es innegable el imperio de la pasión, y es sabido que las pasiones se dominan, ó se modifican, por la elevación intelectual y moral que conduce derechamente al conocimiento del deber, pídase en buen hora la destrucción de la ignorancia y el ennoblecimiento de la conciencia. De los efectos que producen la ignorancia y la inmoralidad no culpemos á sus pobres siervos, porque el mal no está en ellos, instrumentos inconscientes de dicha tiranía, sino en la tiranía misma.

Los enemigos jurados de la mujer llevan su inquina hasta el punto de negar á este sér la posesión del alma, relegándole á la categoría de *cosa necesaria* para la reproducción de la especie, en tanto que sus ciegos apologistas, entre los cuales descuella Toussenel, proclaman la superioridad de la hembra sobre el macho en todas las especies. Esta teoría expuesta en la *Fisiología pasional del ave*, comprende también la humanidad, á pesar de su falta de plumaje, como hace notar oportunamente un distinguido escritor. Los primeros niegan todo derecho civil y político á la mujer; los segundos quieren otorgarla los mismos derechos políticos y civi-

les de que goza el hombre. Unos y otros extreman la cuestion y se equivocan grandemente. La teoría de los primeros es absurda. En cuanto á la de los segundos, basta sólo enumerar las funciones respectivas del hombre y la mujer en todos los órdenes de la naturaleza y de la vida, para comprender hasta qué punto es exagerado é irrealizable su deseo.

Eugenio Pelletan trata admirablemente la cuestion en su preciosísimo libro *La madre*. Oigámosle:

«La Providencia ha creado el hombre y la mujer á un tiempo semejantes y desemejantes; semejantes para mantenerlos en la unidad, y como consecuencia la igualdad de la especie, y desemejantes para satisfacer, *por su variedad de organizacion*, á la variedad de trabajo exigida por la complicacion de la sociedad... ¿Qué medida comun podria invocarse para poner el arte por encima de la ciencia, y á la ciencia por encima de la industria? Lo que es verdad de hombre á hombre, es verdad de hombre á mujer. El uno difiere de la otra por la química intelectual del cerebro, tanto como por la curva geométrica del cuerpo; pero esta diversidad de naturaleza no implica otra cosa para ambos que una diversidad de funciones.»

La cuestion no puede ser más sencilla ni más

práctica. El que convengamos en la unidad moral, implica desde luego que la mujer sea elector, diputado, ministro ó general? Seria confundir lamentablemente las funciones respectivas de ambos sexos, sin otro resultado que el desequilibrio. El autor que acabamos de citar deshace brillantemente este error capitalísimo, probando que la mujer no necesita en modo alguno los derechos políticos para influir eficazmente en la gobernacion de los Estados, y hasta prueba que esta influencia puede ser provechosa. En lugar de conceder á la mujer unos derechos de los cuales no podria lógicamente usar y que en muchas ocasiones la pondrian en ridículo, lo único que hay que hacer es educarla, instruirla, ilustrarla de una manera seria y fundamental, y con esto «ya está en actitud de votar, y vota en todas las secciones» de un modo invisible aunque real y positivo en sus resultados.

«Todo el que influye en la opinion y contribuye á formarla—dice Pelletan—contribuye de hecho á elegir la representacion del país. Este derecho de influencia lo posee la mujer lo mismo que el hombre (1) segun su capacidad. Abogad, mujeres, por la justicia, en vuestro salon, abogad por

(1) Nosotros opinamos que la mujer lo posee en mayor escala.

su hermana primogénita la libertad, y os juro que llegará el día en que cada una de vuestras palabras irá á caer en la urna del escrutinio, y saldrán de ella bajo la honrada figura de un diputado demócrata.»

¿Se quiere mayor influencia para la mujer? En este caso se persigue un imposible, se pretende la anulacion de sus principales atractivos y se infringen las más sábias leyes de la naturaleza. ¡Instruccion, mucha instruccion! Hé aquí la clave del problema. Instruccion y reformas en las instituciones sociales y políticas: de este modo se conseguirán las reformas de las costumbres y la mujer ocupará en la sociedad y en la familia, dentro de su augusta mision de madre, hija ó esposa, el alto puesto que de derecho le corresponde. Las huecas declamaciones del hombre contra la mujer, y vice-versa, no conducen á nada, se han hecho antiguas en fuerza de su abuso, y á lo sumo podrán servir, en las conciencias no formadas ó pervertidas, para disculpar ciertas liviandades y algunas injusticias, ó para provocar la risa de los hombres pensadores.



XXVI.

EL CARNAVAL. ⁽¹⁾

(Estudio trasnochado.)

Cuéntase que allá por el año de... (el año no hace al caso) un día de besamanos se presentó en palacio un general vestido completamente de blanco, es decir, de verano, sin que nadie pudiera explicarse semejante extravagancia, que extravagancia era, en verdad, vestirse de tal modo en el mes de Diciembre, cuando el termómetro marcaba siete bajo cero. Chocóle también á la soberana aquella manía, y encarándose con el general,

—Fulano, le dijo, ¿por qué te has vestido de una manera tan impropia de la estación?

A lo cual contestó respetuosa y lacónicamente el general:

(1) Publicado en *El Pueblo Español* el año de 1876.

—Señora, yo vivo en Agosto á pesar de encontrarnos en Diciembre.

Y no le faltaba razon: estaba de cuartel, y la última paga que habia recibido era la de Julio.

Pues lo mismo, ó una cosa parecida, tengo yo que decir á los que me pregunten por qué me ocupo del Carnaval despues que este ha pasado. Porque gracias al señor fiscal de imprenta, que tuvo la bondad de suspender este periódico, con la mejor intencion, sin duda, y acaso por nuestro bien—que por algo se ha dicho «quien bien te quiera te hará llorar»—así como el general de mi cuento vivia en el mes de Agosto mientras se deslizaba Diciembre, yo vivo en el lunes anterior mientras este vuela, gracias, repito á la amabilidad del señor fiscal consabido y al nunca bastante alabado decreto de marras.

Y basta de exórdio, y entro á ocuparme del Carnaval.

El Carnaval...—¡pero ahora caigo en la cuenta!—¿qué voy yo á decir sobre esta fiesta que ya no hayan dicho y repetido hasta la saciedad Estrada, Frontaura, Perico el ciego y tantos otros que *escribieron* antes?

Decididamente he tenido un mal pensamiento; Dios me lo perdone. Siempre he detestado los trabajos llamados de *circunstancias*, y miren ustedes por donde he venido á caer en el mismo

defecto que he criticado. ¡Cuán cierto es que nadie puede decir de tal agua no beberé! ¿Y qué voy á decir sobre este asunto?

Ya ha habido un escritor que diga
todo el año es carnaval,»

frase profundamente filosófica y de gran efecto; otro, un poeta, amigo mio, por cierto, así como quien no quiere la cosa y sin aparentar malicia, ha soltado la siguiente andanada:

¿Para qué la careta de Talía
si puro carnaval es la existencia?

¡Vaya V. despues de *todo esto* á decir algo nuevo! Sin embargo, todo tiene remedio, ménos la muerte (y la deuda española), y... ¡qué demontre! acaso pueda yo considerar el carnaval bajo un aspecto nuevo, hasta cierto punto, puesto que, segun nos ha dicho Campoamor,
todo es segun el color
del cristal con que se mira.

Yo he visto el Carnaval de este año por un cristal sumamente empañado, la música de las comparsas resonaba lúgubrementemente en mi corazón como un eco de agonía, el bullicio y la algarazara irritaban mi temperamento nervioso—con perdon sea dicho—las máscaras, sobre todo las que pedían dinero, *me hacían sangre*, estaba, en fin, más irritado que el Sr. Auriolés cuando preside las sesiones del Congreso.

Y todo, ¿por qué? ¡Vaya V. á saberlo! Por nada, por una manía, acaso por la cosa más baladí; pero es lo cierto que el Carnaval me ha producido una tristeza inexplicable.

Y no debia haberme sucedido esto, yo lo comprendo. El Carnaval no es una cosa nueva ni mala tampoco. Es la costumbre, la tradicion, la tradicion que tanta fuerza tiene en nuestro país, el espectáculo que, juntamente con las corridas de toros, causa más entusiasmo en nuestro pueblo. Luego, en su aspecto moral, ¿qué tiene de malo? Absolutamente nada. Gracias al Carnaval, pueden verse y hablarse, y... ciertas amantes parejas que sin el disfraz no pueden saborear con decoro esa dicha; las mujeres *expansivas* y alegres de genio tienen medios para burlar, siquiera sea una vez al año, la vigilancia de sus insoportables y honrados esposos; los seductores hallan ocasion para llevar la deshonra á las venerables canas de algunos padres de familia; muchos, que no tienen valor para decir cuatro frescas á cualquiera, se disfrazan para insultar á sus enemigos; otros se limitan á dar bromas picantes, de mal género, á sus amigos no disfrados, y, otros, en fin, muchos, muchísimos —á estos los tengo sobre mi alma— se dedican á pedir dinero. ¡Qué tarea tan inocente!

Vamos á ver, seamos francos: ¿tiene esto algo

de particular? ¿Hay algun mal en ello? No hay, lo ha dicho, quien sabe y quien puede, nada censurable en esa exposicion flotante y viviente de guiñapos y colorines. ¿Qué tiene en su apoyo? La tradicion. Pues eso basta. ¿Qué fin se propone? El divertimiento del pueblo. Pues es suficiente; bueno es que el pueblo se divierta: el que se divierte no piensa, y el que no piensa es feliz.

Además, ¿por qué ha de reprobarse tan inocente desahogo permitido una sola vez al año á la generalidad, cuando hay gentes que usan y abusan del privilegio de disfrazarse siempre que lo creen oportuno ó ventajoso á sus intereses? Testigo de ello es, y testigo elocuente, el presupuesto del Estado. Podria ocuparme, y lo haria de buena gana del carnaval político; *no quiero dar gusto á los señores*, y dejo al juicio del lector discreto la enumeracion de los muchos *patriotas* que están continuamente cambiando de disfraz.

Seguiré, pues, tratando del Carnaval de ordenanza, si vale la palabra. Aquí que no peco, como dijo el otro. Los que han tenido valor para bajar esos dias al Prado aseguran que el espectáculo ha sido magnífico. Aparte de algunos relojes, porta-monedas y pañuelos que han emigrado de los bolsillos de sus dueños, todo ha sido placer, satisfaccion y regocijo.

Mil reales ha costado este año, según dice un revistero, el permiso para poder transitar en coche por el paseo de carruajes del salón del Prado y de la Castellana; mil reales en coche, y no sé cuantas pesetas, á caballo. No me parecen caros esos *utensilios* de la vanidad: no crean por eso mis lectores que voy á hablar ahora de los maestros de escuela, ni de la espantosa miseria que según aseguran muchos nos agobia; nada de eso, porque no vendría á cuento: cada cual es dueño de gastar su dinero en lo que mejor le plazca. A más que lo uno no quita lo otro, y muy bien se puede ser caritativo y gastar al mismo tiempo mil reales por pasar un rato entre las alegres máscaras.

El Carnaval de este año ha tenido un nuevo aliciente, un estímulo á su alegría natural: la conclusion de la guerra civil, el regocijo de la paz, acontecimiento solemne y como ninguno grato para todo el que se precie de buen español. ¡Y vea Vd. lo que son las cosas! Hay quien opina que suceso tan trascendental no debe celebrarse de un modo tan cómico tiznándose la cara ó tapándose, cubriéndose el cuerpo con trapos que provocan á risa ó desprecio, brincando como palillos de tambores y—¡esta sí que es negra—pidiendo dinero á los transeuntes.

Hay asimismo quien cree que á la idea gratí-

sima de la paz debe unirse estrechamente en los corazones nobles y agradecidos, el sacratísimo recuerdo de los valientes que han regado con su sangre generosa las escarpadas montañas donde se guarecían los sectarios del absolutismo: hay quien ha creído ver á través de esas vivientes oleadas del Carnaval, como protestando contra la fiesta, miles de espectros representando los cadáveres, muchos aun calientes, de los que por la pátria han sucumbido: hay quien se ha forjado en su imaginacion—algun soñador sin duda—el cuadro melancólico, y triste y desgarrador de las huérfanas, de las viudas, de las madres que han perdido sus hijos, severamente enlutadas, derramando lágrimas en silencio, doblemente atormentadas por el bullicio y la alegría del Carnaval, ruidoso y expansivo regocijo de los que, á juicio de esas infelices, debían por lo ménos agradecer el beneficio y respetar el dolor, respetando las lágrimas con que ese beneficio realizóse. ¡Así es la criatura; al que está triste le ofende la alegría de los demás! Hay quien opina, por último, que esas no despreciables sumas que se han gastado en los permisos para pasear en coche y á caballo por la carrera de las máscaras, habrían estado mejor empleadas, á los ojos de Dios y del mundo, y sobre todo á los ojos de la propia conciencia, en

socorrer á los desgraciados de que hago mencion más arriba, y á los muchos infelices que vemos por ahí con un brazo de ménos ó una pierna de palo, que es, como si dijéramos, una pierna de más.

Eso ¡ay! es pedir peras al olmo, es no conocer el siglo en que vivimos, es—¡fuerza es decirlo!—injuriar á ciertas clases y personas dignas de los muchos elogios que continuamente las prodigan los revisteros de salon. Yo me pongo en todo, como dijo el otro, y me gusta ser justo hasta con mis adversarios. Que las anteriores observaciones, están muy en su lugar, sobre todo la de repartir el dinero gastado en deleznable vanidades á los desgraciados seres que tanto derecho tienen á nuestro agradecimiento y protección, ni siquiera es discutible: pero..... ¡vamos á ver! ¡En confianza! Tratándose de ciertas gentes ¿puede compararse, ni por asomos, una satisfaccion con otra satisfaccion, un placer con otro placer? ¡Buena diferencia vá! En el primer caso, esto es, dando el dinero á los necesitados, todo se reduce á un suelto de *La Correspondencia* y á cuatro gacetillas que se olvidan á las veinticuatro horas, mientras que, yéndose en coche á la carrera consabida, luciendo el tarjeton del permiso en el pecho del lacayo, parece como que se hace superior á la multitud, que la desafía, que

la humilla, y no hay placer comparable á ese placer ni regocijo más intenso para un pecho forrado de seda y pieles de gamuza.

Un pueblo sin Carnaval, sin corridas de toros, sin romería de San Isidro, sin entierro de la sardina, sin asistir, en masa, al *Campo de Guardias* los dias de *ejecucion*, sin verbenas, seria un pueblo insustancial, sin carácter, sin historia, sin tradicion. ¿En qué habia de ocuparse, en qué habia de gastar su tiempo? ¿En trabajar, en instruirse, en asistir á espectáculos honestos y civilizadores (al teatro por ejemplo), en formar asociaciones y ateneos para elevarse moral y materialmente? ¿En eso habia de ocuparse? ¡Qué disparate! ¡Eso se queda bueno para otros pueblos, no para el nuestro!

Lo mejor es divertirse: la vida es corta y hay que pasarla de la mejor manera posible. En este concepto, y á pesar de mi aversion natural á ciertas fiestas, comprendo que un Carnaval al año es muy poca cosa; propongo, pues, que haya siquiera cuatro. ¿No son cuatro las estaciones? ¿Quién me rebate este argumento? Algo tendria que agradecerme la humanidad, si esta reforma, por mí propuesta, llegara á verificarse.



XXV.

LA CALLE DE SEVILLA.

(Los sablazos.)

Abandonar los poderes que caen, volver la espalda al sol poniente para dar la cara al sol que nace, censurar ágríamente al que se equivoca y atenuar el mérito del que acierta; son hechos tan comunes en la vida social, que casi no merecen el nombre de defectos si se atiende al juicio que forman de las acciones humanas las personas más severas: esos vicios han llegado á formar costumbre y la costumbre es el primer poder del Estado.

Aludiendo á esas que llaman ingraticudes algunos hombres *montados á la antigua*, se ha dicho aquello de

«...Porque son en casos tales
los vencedores, leales,
y los vencidos, traidores.»

Y aquello otro:

«Entre un héroe y un bandido,
solo media la fortuna,»

y mil y mil sentencias que seria prolijo citar,
todas encaminadas á la misma demostracion.

Aunque resulta como evidencia notoria que la ingratitude tiene su natural asiento en el corazon del hombre, estas líneas van encaminadas á demostrar lo contrario, aunque el hecho parezca desusado y desde luego se juzgue excepcional ó como palpable aberracion de la naturaleza.

Conságrase este capítulo á cantar las glorias de un imperio que desaparece, de un poder que cae, que cae de un modo tangible á los golpes del pico y la palanqueta del albañil, manchando de polvo y de yeso á no pocos de sus admiradores y amigos.

Trátase de la calle de Sevilla, donde ya han comenzado los derribos de algunas casas: por más que el proyecto no envuelva la desaparicion de dicha calle sino su mayor anchura y hasta pudiera decirse su engrandecimiento y esplendor, por los méritos y circunstancias especiales que en esa calle concurren tal como ahora se

encuentra y que en breve desaparecerán para siempre, bien puede asegurarse que va á perderse totalmente su fisonomía especial y propia, y siendo así puede desde luego afirmarse que desaparece la calle de Sevilla. En su estado primitivo, en el que ha conservado hasta el momento de comenzar la demolicion, ha sido, más que una calle un cómodo salon de tertulia, un punto de reunion, un sitio de verdadero recreo para el curioso observador. Cuidadosamente enlosada y libre, por su angostura, del paso de los carruajes, los transeuntes han podido pasearla tranquilamente, cruzarla en todas direcciones, siendo uno de los pocos sitios céntricos de Madrid donde se han visto libres de ese formidable enemigo que se llama cochero, y más todavía del coche, mueble verdaderamente incómodo.... para el que no lo posee.

Como el ensanche se hace principalmente para que los carruajes puedan cruzar por esa parte de la carrera de San Gerónimo á la calle de Alcalá y vice-versa, ese solo *detalle* cambia por completo la fisonomía de la calle de Sevilla dando al traste con su actual estado de cosas. En este momento crítico en que la omnipotencia municipal con un ensañamiento cruel siembra la destruccion y la ruina en una de las aceras de tan simpática y memorable calle, cuando vá á

desaparecer lo que ésta tiene de gráfico y de notable, yo me propongo cantar sus glorias, eternizaria su recuerdo, á serme posible, y, á no estar escrito este libro en vil prosa, pondria á mi canto el pomposo título de: *Meditacion ante unas ruinas: poema en verso heróico.*

La calle de Sevilla se presta mucho, como todos los conjuntos abigarrados, á la observacion y al exámen. Siendo una de las más pequeñas de Madrid, en esta calle se encuentra *de todo* en la acepcion más ámplia que quiera dar el lector á esta palabra. El café *Suizo*, nuevo; el viejo; la *Pastelería suiza*; el *café inglés* (ántes de Fornos), *Los andaluces* (notabilísima hostería) y el *café de la rueda*, juntamente con alguna que otra taberna, son otros tantos alicientes para ayudar á matar el tiempo de modo agradable á las infinitas clases sociales que á dicho sitio concurren.

Como medio de adquirir dinero para esas superfluidades de la vida, tan necesarias en algunas personas, existe, ó mejor dicho existió la famosa *Administracion de loterías* donde tantos jugadores han hecho su fortuna. De suerte que, si bien hay donde gastar mucho dinero, tambien hay donde *ganarlo* á poca costa y de una manera *legal*. Pasando á otro órden de ideas y siguiendo el exámen, nos encontramos, entre otras, con la mejor relojería de Madrid, la relojería

alemana de *Ganter*; con riquísimas joyerías, sastres de gran reputacion, comercios de reconocida importancia y librerías de excelente surtido. Sin salir de la calle de Sevilla puede uno comprar cuantos objetos de utilidad y de lujo necesite, encontrando al mismo tiempo en dicha calle, para mayor comodidad y como necesario complemento de los establecimientos citados, una magnífica casa de préstamos donde poder empeñar por la sétima ú octava parte de su valor, los objetos supradichos. Allí todo parece dispuesto por invisible mano para comodidad y recreo del hombre, pudiendo decirse que allí circula el dinero con verdadera profusion y velocidad desusada. La estrecha relacion que existe entre las relojerías y las casas de préstamos se conoce allí mejor que en parte alguna. Hay quien asegura, con datos *fidedignos*, que, comprar hoy un reló y empeñarlo mañana, es cuasi un placer de dioses. Y que este hecho se repite con frecuencia en Madrid, por razones que no son de este lugar, fuera está de toda duda.

Hay peluquerías, buñolerías, carnicerías; puestos de cerillas, periódicos y libritos de fumar; vendedores ambulantes de objetos varios, fotografías de *cámara*... y para que nada falte hasta existe un editor de comedias.

El callejon llamado con justísima razon de

Peligros, es uno á manera de pólipos adherido á la calle de Sevilla; forma parte integral de su existencia, tambien está condenado á desaparecer, y, por este solo motivo debo dedicarle algunas líneas, haciendo constar ante todo que tiene merecida la triste suerte que le espéra. El callejon de *Peligros*, especie de *via dolorosa* para ciertas gentes, es en verdad peligroso por muchos conceptos: estrecho, súcio, infecto, es una amenaza continúa á la higiene y á la moral: para que su reputacion sea completa, está plagado de oscuras y sombrías tabernas y nidos de *palomas de bajo vuelo*, verdadero antídoto contra los apetitos de la carne.—Segun tengo entendido, hay que hacer una excepcion en favor de la taberna del *tio Lucas*, donde se sirven unas chuletas de mérito sobresaliente é increíble baratura.

Si esto es cierto, no faltará, seguramente, quien llore la demolicion de tan *célebre* callejuela; pero hay un consuelo, y es que no está decretada la destruccion del *tio Lucas*, que puede sentar, y sentará sus reales en otra parte para contentamiento de sus admiradores.

*
* *

—Acaban de darme un sablazo que me han partido,—me dijo un amigo noches pasadas al encontrármele en la calle del Príncipe.

—¿Dónde?—repliqué asustado y perplejo al mismo tiempo viendo que andaba por su pié.

—En la calle de Sevilla.

—No digo eso: te pregunto en qué parte del cuerpo has recibido la herida.

—En el bolsillo del chaleco: cinco pesetas en una pieza, un duro nuevecito.

—¡Ah! vamos, estás de broma: me habías asustado.

—¿De broma? No lo creas: el lance no puede ser más sério.

De la explicacion de mi amigo, vine á sacar en claro que el sablazo recibido no era otra cosa sino un acto de *ilustrada* filantropía que acababa de realizar, hecho tan frecuente en dicha calle que ya ha venido á ser una costumbre.

Excepcion hecha del que en un momento de apuro recurre al bolsillo del amigo verdadero, lo cual nada tiene de extraño ni de censurable, hay un crecido número de personas, por lo general de mal vivir, vagos de profesion, que tan solo se ocupan en dar *sablazos*, esto es, en pedir dinero, cada dia con un pretesto, á cuantas personas conocidas se ponen á su alcance: peligrosa esgrima, tal vez más peligrosa en el estado actual que aquella que tiene por objeto destruir la vida física del hombre.

A mi juicio una de las cosas más difíciles para

el hombre, es perder la vergüenza; pero una vez perdida, nada más fácil que vivir sin ella, pues segun un antiguo aforismo, la vergüenza no sirve para nada y estorba para todo. El primer paso para estar en camino de perder la vergüenza es perder la afición al trabajo, porque en esta pérdida vá envuelta fatalmente la pérdida de la dignidad y la tranquilidad de la conciencia. Por consecuencia, la inmensa mayoría, la casi totalidad de los *profesores de sable*, son vagos, y al serlo de profesion, ya se sabe que han perdido toda clase de miramientos y respetos sociales que imponen al hombre la propia dignidad y el propio decoro.

Mas ¿por qué? dirán algunos, se relaciona un hecho que puede ser general (el de pedir dinero) con una calle determinada (¿la de Sevilla?) La explicacion es muy fácil: por las razones más arriba apuntadas, así como la calle de Sevilla es especial, tambien es especial el público que á ella concurre: generalmente lo componen actores, autores dramáticos, periodistas, pintores y demás individuos que forman la clase, numerosa en Madrid, dedicada al cultivo de las *artes liberales*. Así como los grandes ejércitos llevaban en la antigüedad y aún hoy dia, en ciertos paises, un número considerable de *merodeadores* y aventureros prontos á disfrutar del botin en el momento

de la victoria, manteniéndose á respetuosa distancia en la hora del peligro, así tambien los escritores y artistas llevan siempre detrás de sí un *regular* ejército de *vividores* empeñados en disfrutar los pequeños beneficios que en este pobre país se obtienen de las artes y de las letras.

Algunos de esos *caballeros*, *la van dando* de escritores víctimas de la envidia y de la fatalidad, cuyas obras serán un dia asombro de las gentes: otros, de *hombres políticos*, en la oposicion, llamados en un porvenir no remoto á regir los destinos de la patria: éstos, de herederos próximos á entrar en posesion de grandes fortunas: aquellos, de actores notabilísimos no contratados en Madrid por el miedo cerval que les tienen Antonio Vico y Rafael Calvo, y así sucesivamente, sin que nadie haya logrado ver nunca la más mínima prueba de tales méritos y cualidades. Por el pronto su ocupacion favorita es dar *sablazos* á los actores contratados, á los poetas que obtienen buenos éxitos y á los escritores que publican libros. Bien se puede afirmar que no hay éxito feliz ni publicacion de libro que no vayan acompañados de un número infinito de *sablazos*, creyendo los que á tal ejercicio se dedican, que ejercen un derecho legítimo al *exigir* una parte del producto del trabajo ajeno.—Por mi parte y á contar desde la publicacion del presente li-

bro, estoy resuelto á defenderme hasta donde me sea posible, si es que cabe defensa en tales casos, lo cual me parece difícil.

Esta clase de *esgrima* constituye una ciencia vasta y compleja: el que la toma con cariño y llega á perfeccionarse y la cultiva con éxito, se hace irresistible y jamás *ataca* en vano; pudiendo envanecerse, sin aspirar á la gloria póstuma, que eso fuera demasiado, de ser una eminencia en un *arte liberal*, á costa de la liberalidad de los verdaderos artistas.

* * *

Una pregunta.

Al desaparecer de la calle de Sevilla su antigua y característica fisonomía, ¿desaparecerán tambien los ilustres *profesores* que tan justa fama han conquistado en el manejo del *sable*?

En caso afirmativo podia darse por bien empleada la demolicion, cumpliéndose como nunca, en éste pícaro mundo, la simpática ley de las compensaciones; pero, ¡ay! esa seria una ventura que ciertamente no merecemos gozar en esta vida transitoria los míseros mortales; ventura reservada tal vez por el Dios misericordioso, como uno de los dones más estimables del paraíso, para soláz y divertimento de las almas escogidas.

De todas maneras siempre será un mérito á los ojos de Dios el haber frecuentado con asiduidad tan memorable calle en los famosos tiempos de su brillante apogeo y pristina pureza.— Cuando las futuras generaciones recojan de empolvada y roida crónica sus hechos curiosísimos, no faltará un poeta lloron (que siempre los habrá) que diga á sus contemporáneos, á modo de plágio (porque el plágio no se extinguirá nunca):

Ésta, Fabio, ¡ay, dolor! que ves ahora
calle espaciosa de la culta villa,
fué en época remota y *bullidora*

LA MEMORABLE CALLE DE SEVILLA.



XXVI.

LAS FERIAS DE MADRID.

De alguna manera las hemos de llamar; pero es lo cierto que ni siquiera merecen ese nombre, si ha de obrarse en justicia.

El pueblo de Madrid, en todo especialísimo, lo es mucho más tratándose de sus fiestas y diversiones tradicionales.

Capital de la Monarquía (y de la República, en ocasiones) soporta penosamente el peso de tan grave responsabilidad, no estando casi nunca á la altura de su misión.

La absurda é irritante centralización, que es la base más esencial de los sistemas doctrinarios y cuasi empíricos aplicados constantemente á la gobernación del Estado, ha hecho de Madrid el cerebro de España.

La literatura, las artes, la ciencia, han teni-

do forzosamente que refugiarse en el r adio de esta villa siempre hero ica que, con elementos en su inmensa mayoría de las provincias, ha podido llegar á la meta de la cultura y de la civilización, relativamente al nivel que en tal sentido alcanza la península ibérica.

Academias, teatros, ateneos, museos y centros de instrucción, los hay de verdadera importancia, y se explica perfectamente por la razón que apuntada queda acerca de la centralización política, económica y administrativa que impera de manera absoluta, dejando sentir su influjo singularmente en lo que se refiere á las artes liberales.

Pero hay cosas que la centralización no puede dar   Madrid, cuales son: industria fabril y manufacturera—base de todo comercio importante—suelo fer z, vida propia, en una palabra.

De suerte que, al llegar un caso en el cual la capital de la Monarquía (y de la República, en ocasiones), tenga que valerse exclusivamente de sus propios elementos, pone en evidencia notoria su escasísima importancia,   más bien su absoluta incapacidad, por carecer de los medios que poseer debiera al ser capital de la Monarquía (y de la República, en ocasiones).

Y como las férias no son otra cosa que una exposición accidental de productos y géneros

propios del país donde se verifican, de aquí que *las ferias de Madrid* solo vengan á demostrar palpablemente la ingratitud de este suelo y la insignificancia de esta villa en sí misma considerada.

Aun teniendo en cuenta la falta de medios, bueno es confesar, haciendo justicia á la Diputación provincial y al Ayuntamiento, que estas corporaciones, verdaderamente paternas, han organizado las ferias de este año de la peor manera posible.

Pero no precipitemos los sucesos.

Hasta el año de gracia de 1878 (el pasado) no dieron las sábias corporaciones citadas en el quid de establecer la feria de Mayo, por lo cual merecen privilegio de invención y otras muchas cosas que se desprenden naturalmente del éxito obtenido.

Hasta esa fecha,—que llegará á ser memorable—Madrid se habia conformado modestamente con sus *verbenas* y sus *romerías*, cosas que, aunque parezcan distintas son una misma cosa, toda vez que la diferencia de lugar no destruye la unidad de acción.

Unas y otras, las *verbenas* y las *romerías*, se celebran en honor de varios santos, á los cuales profesa particular devoción y entrañable cariño este famoso pueblo de Madrid.

Cuando los santos *habitan* fuera del rádio de la capital, como les sucede á *Isidro, Antonio de la Florida*, y no se si á algun otro,—que en esto de *santos* no estoy muy fuerte,—la fiesta se celebra en la ermita respectiva, y por eso se llama *romería*. Cuando por el contrario tenemos el gusto de contar al *santo* en el número de nuestros vecinos, la fiesta se verifica en la calle donde radica la iglesia correspondiente, y se llama *verbena*.

En ambos casos todo se reduce á establecer un largo cordon de merenderos, tabernas y mesas con juguetes groseramente labrados, garbanzos tostados y *rosquillas* llamadas constantemente del santo, aunque siempre son lo mismo, lo cual prueba que *esos caballeros* todos tienen idéntico gusto, y por cierto que es un gusto malísimo.

Todos esos puestos ambulantes, merenderos y tabernas, se componen en su mayoría de esteras y lienzos viejos, ofreciendo un aspecto verdaderamente deplorable.

La *gente del bronce* acude á esos sitios en ruidosa multitud, se emborracha piadosamente y se reparte con consoladora fraternidad alguna que otra puñalada, bello colorario y complemento indispensable de esas fiestas características y tradicionales que, con ardiente espíritu religio-

so se celebran bajo la advocacion de algun santo de los más acreditados.

Además de estas *verbenas* y de estas *romerías* famosísimas, se celebra una *féria* anual, por el mes de Setiembre, en el paseo de Atocha. (Digo *féria* porque ya hemos convenido en llamarlas así.)

Forman la *féria* de Atocha, que más que *féria* parece un cúmulo de desdichas, todas las inmundicias del Rastro, los consabidos juguetes juntamente con las inacabables *rosquillas del santo*, y algunos puestos de libros viejos.

En esto de los libros es una especialidad la *féria* mencionada, pues allí se encuentran obras curiosas, aunque deterioradas en su mayor parte, algo más caras que en las librerías, lo cual puede darsé por bien empleado siquiera no sea más que por el placer de haberlas comprado en la *féria*.

Pero un dia se levantó inspirado el alcalde de Madrid, (esto no lo sé, pero me lo figuro) comunicó su inspiracion al presidente de la Diputacion provincial, se propagó la llama á otras personas inflamables, ansiosas todas de gloria póstuma, y la idea—porque tuvieron una idea—tomó cuerpo en las cabezas concejiles y provinciales.

De la idea pasaron al proyecto y en fuerza

de profundas meditaciones y largas vigili-
as dieron cima de manera envidiable á la colosal em-
presa.

El que primero se sintiera inflamado por el
fuego divino, el barro donde á la Providencia
le plugo depositar la pura esencia de la idea, el
autor del pensamiento, el padre de la criatura,
en una palabra, citó á sesion extraordinaria y
pronunció (ó debió pronunciar) el siguiente dis-
curso:

«Señores: Madrid... es Madrid, ó lo que es lo
mismo, Madrid es una villa heróica: ¡esto no lo
negará nadie! (*Sensacion*). Quiero decir; por lo
demás, no obstante... Madrid, capital de la Mo-
narquía (y de la República, en ocasiones), nece-
sita, vamos al decir, algunos quilates más de
esplendor. (*Aplausos*). Señores: Por lo demás, yo
siempre me he interesado por este pueblo mag-
nánimo y sufrido. (*¡Bravo!*) Quiero decir, senta-
das las anteriores premisas que: solo necesita-
mos para echar el último remiendo á la felicidad
de este pueblo sufrido... (*Redoblada atencion*).
Señores: Aquí lo que hace falta es un hombre
de génio, y ya habreis adivinado donde se en-
cuentra, aunque me esté mal el decirlo. (*Señales
de asentimiento*). Señores: Lo que Madrid, lo que
este pueblo sufrido necesita como el comer,
despues de poseer como posee un hipódromo que

solo ha costado la friolera de ONCE MILLONES; lo que necesita, vuelvo á decir, este pueblo sufrido, es... ¿á que no lo adivinan ustedes? Es decir, si lo adivinan, porque lo saben; lo que necesita, *pues*, este pueblo sufrido de Madrid... ¡es UNA FÉRIA! pero una féria magistral, y esa es la que vamos á establecer poniendo manos á la obra despues de esta elevada discusion. He dicho. (*Aplausos y ¡bravos! prolongados.*)»

Y de modo tan sencillo quedó acordada la creacion de la féria de Mayo, cuya segunda edicion contempla atónito estos dias el sufrido pueblo de Madrid juntamente con algunos forasteros de Pinto, Valdemoro y Carabanchel de abajo.

Tan bueno era el proyecto de la féria en su primera edicion, que esas sábias corporaciones se han creido en el deber de *hacer* la féria de este año un poquito peor que la del año pasado, consiguiéndolo á maravilla.

El Prado, desde el remate de la calle de Alcalá hasta un poquito más allá de la Carrera de San Jerónimo, es el teatro donde se desarrolla la accion de ese pasillo cómico que hemos convenido en llamar féria.

El sitio es bueno; pero ¡qué mal aprovechado!

Del lado de la derecha, mirando hácia la puerta de Atocha, entre la vía de carruajes y el

paseo del centro, han sido colocadas, en *correcta formacion*, una série de tiendas desiguales, pequeñas y mal pintadas que vienen á formar el conjunto más abigarrado y deplorable de que puede darse idea, en cuyas tiendas es imposible hallar novedad alguna por la sencilla razon de que no las hay.

Algunas rifas que ya comienzan á *escamar* al sufrido pueblo de Madrid; pequeñas sucursales del bazar de la *Union*, los *Diamantes americanos* y otros establecimientos análogos; abundante surtido de puestos donde se venden objetos á *real la pieza*; alguna microscópica confitería con honores de taberna; las baratijas que se ven en todas las ferias de cualquier capital de tercer orden..... y pare Vd. de contar. Hé ahí los géneros, los productos, las novedades de la feria de Mayo.

Con tales elementos, las transacciones no pueden ménos de ser ridículas. ¡Algo habian de ser!

Por el lado izquierdo, á una respetable distancia de las casillas, se extiende una larga cinta de bombas, cuyas luces son de buen efecto, aunque parece que han sido colocadas con un objeto muy diverso al que se les atribuye, pues por lo distante que se encuentran del verdadero real de la feria, casi pudiera decirse que forman un espectáculo aparte, siendo de sentir la sole-

dad en que viven demostrando palpablemente lo malito que vá siendo el gas de dia en dia.

Dos cosas hay buenas en la feria: los pabellones de la Diputacion provincial y el Ayuntamiento. Son airosos, elegantes, de buen gusto, en una palabra; pero..... ¿para qué sirven esos pabellones? Pues..... para cosas verdaderamente útiles y trascendentales, cuales son darse *charol* los respetables miembros de las corporaciones citadas celebrando todas las noches reuniones agradabilísimas donde se habla de crisis, y se bailan habaneras.

Acaso por designio providencial—que hay Providencia á pesar de cuanto digan los incrédulos—los pabellones citados se levantan, como rodeándole, junto al teatrillo de madera intitulado de *Bufitos madrileños*, los cuales *bufitos* son una pantomima de muñecos para entretener á la gente menuda, y digo menuda, en el sentido más material que puede darse á la palabra, porque me refiero á los niños, que allí tienen su diversion favorita.

Este teatrillo dá color y tono á la feria y muy singularmente á los pabellones de las corporaciones mencionadas, donde, como llevo dicho se baila mucho y se piensa poco, si bien de esto último tienen la culpa las graciosas polluelas y bellísimas damas que, principal adorno de lu-

gar tan ameno, son capaces de trastornar el juicio al hombre más sesudo, aunque mala comparacion.

Como en Madrid hay tanta gente desocupada y frívola, la feria se vé muy concurrida en las primeras horas de la noche, y aun por las tardes; pero á decir verdad, mal negocio hacen los *feriantes* que, venden poco ó nada. En cambio, y como justa compensacion pagan *un sentido* al Ayuntamiento por el alquiler del sitio y de las casillas.

¡Qué gran país es esta tierra de España!

El empresario de las sillas y los vendedores ambulantes de agua y aguardiente, son las únicas personas que no escapan del todo mal, si se exceptúan los diputados y concejales que se dan tono y bailan en sus magníficos pabellones.

Un acreditado periódico de esta ilustre villa, reconociendo que la fèria no vale nada, lamentándose de ello y deseando buscar remedio á este mal incurable, ha escrito entre otras cosas lo siguiente:

«Hay necesidad de organizar espectáculos, entretenimientos, deleites, cultos, diversiones de todas clase que estimulen al forastero y le prometan grato soláz, mientras dure su mansion en la villa.

No ya el comercio, todo Madrid debiera inte-

resarse en ello. El municipio, el claustro universitario, todas las sociedades, todas las corporaciones, el Ateneo, la Institucion libre de enseñanza, la Asociación de escritores y artistas, la sociedad Económica de Amigos del País y todas las demás colectividades existentes en la capital de España, podrian hacer un llamamiento á las sociedades congéneres ó semejantes de las provincias, invitándolas á que concurrieran á Madrid durante las fiestas para tomar parte en certámenes, discusion de temas y disquisiciones científicas de gran importancia. ¿No seria este un modo oportuno de que se conocieran personalmente las varias eminencias en todos los ramos diseminados por España, y no podria obtener la ciencia ventajosos resultados de esa confraternidad y de ese cambio de ideas que naturalmente se habia de establecer con el trato mútuo de personas dedicadas á un mismo asunto?

En el Ateneo se han dado este año interesantes lecturas poéticas. ¡Cuántos individuos de provincias, al leer en los periódicos la reseña de esas fiestas literarias, no habrán ardido en deseos de oír esas lecturas, de conocer á los poetas y de premiar con un aplauso suyo la inspiracion y el estro del vate afortunado! ¡Y cuántos otros, poetas á su vez, no habrán ambicionado alas para trasladarse en un momento á Madrid y leer

sus producciones ante el distinguido público que aquí suele asistir á estas solemnidades!

Pues bien; todo esto podria utilizarse igualmente para aumentar el atractivo de las fiestas. Es indudable que nuestros grandes poetas se prestarian á brillantar con la lectura de sus composiciones los espectáculos que se organizaran con el único fin de obsequiar debidamente á los forasteros de temporada que permanecieran entre nosotros.

¿Y nuestras sociedades musicales? ¡Cuánto no podrian hacer para cooperar á semejante empresa!»

Todo esto está muy bien pensado y mejor dicho; pero *eso* no seria una *féria*; truncaria por completo el elevado pensamiento de las corporaciones populares y acaso fuera de imposible realizacion.

Las lecturas poéticas, las discusiones científicas, tienen su natural asiento en las academias y ateneos, y no son diversiones apropiadas al gusto dominante en la multitud. Sobre todo es horrible el pensamiento de *poner en féria* á nuestros grandes poetas, á nuestros elocuentes oradores, á nuestros respetables sábios.

Lo que el discreto articulista ha debido proponer es que las *férias* queden abolidas para siempre, porque en Madrid, en esta villa heróica, ca-

pital de la Monarquía (y de la República en ocasiones) no hay elementos para establecerlas con decoro, celebrándose en su lugar grandes exposiciones universales con los recursos extraños que, en casos semejantes, no habian de faltar.

Las férias, en su propio y genuino sentido, no serán nunca un aliciente para llevar forasteros á los grandes centros, ni para aumentar en un punto las transacciones comerciales.

Prueba elocuentísima de lo que digo, son las férias de Madrid, con particularidad la de Mayo, á pesar del discurso de donde ha nacido y de esos airosos y elegantes pabellones, en los cuales han lucido sus personas los más incapaces administradores públicos que han conocido los siglos y las mujeres más hermosas de esta villa ilustre; único adorno de la citada féria que, afortunadamente dura pocos dias.

A prolongarse mucho tiempo, seria cosa de emigrar, aunque parezca exageracion, que no lo es, y con verla basta.



XXVII.

LA PROVIDENCIA. (1)



Á MI DISTINGUIDO AMIGO EL
EMINENTE LITERATO D. JUAN VALERA.

¿Por qué habrá tantas cosas que en la tierra
quitan las ganas de mirar al cielo?

.....
Pero ¿y Dios?—me preguntas compasiva:
Para él ¿dónde está el Dios sublime y tierno?
—El Dios tierno, hija mia, está allá arriba,
sentado á la derecha del Eterno.
— (CAMPOAMOR, — *La Lira rota.*)

I.

Era noche de lluvia y de ventisca:
el frio de Diciembre penetraba

(1) A excitacion de varios amigos del autor que creen ver en esta poesia un cuadro de costumbres más que un poema lírico, la insertamos al final de este libro creyendo fundadamente que será del agrado del público, teniendo como tiene la sancion de la crítica desde que por primera vez apareció en el *Almanaque de El Globo* correspondiente al año de 1878.—(Nota del Editor.)

cual agudo puñal hasta los huesos
del que osado á la calle se lanzaba.
Nubarrones espesos
ocultaron la luna y las estrellas,
hiriendo la penumbra del vacío
la fulgurante luz de las centellas.
La lengua de metal del campanario
(jigante que sombrío
corona su cabeza con las nubes),
vibró sonora en el espacio leve
con eco extraordinario,
para decir á la ciudad dormida,
ó acaso en el insomnio sumergida,
que eran las dos. Sobre la blanca nieve
tranquilo se arrastraba más de un coche
conduciendo el placer y la hermosura,
mientras el dolor aleve
y la implacable y fria desventura
vagaban en las sombras de la noche.

II.

Calado hasta los ojos el sombrero
y el embozo subido hasta los ojos
para burlar del frio los enojos;

paso menudo y á la vez ligero,
cruzaba un caballero
las solitarias calles de la villa
ejercitando su feliz memoria
con las mil peripecias de una historia
que, entre grave y sencilla,
pudiera compendiar la historia humana
desde el primer albor de la mañana
hasta la negra noche del sepulcro.
La historia del *amor*. Sublime encanto,
misterioso y divino sentimiento
que llena el corazon y el pensamiento
miéntras dura la bella primavera
y nubes de topacio y de amaranto
velan la realidad.—Dulce quimera
arrebato su mente acalorada
y pensaba á la vez en mil pláceres:
en la risa de Aurora, y en el llanto
de Felisa.—Felisa, cuando llora,
á más de conmoverle, le enamora.
¡Deliciosas mujeres!—
En los hermosos ojos de Balbina,
en las frescas mejillas de Dolores,
en los rosados labios de Matilde,
en la frente de Julia,—que es divina
y causa sinsabores
al que ciego le rinde su albedrío;—
en la cita de Inés, en la promesa

de la gentil Teresa,
cuyos dientes son perlas del rocío....
y en otros mil curiosos incidentes
con que de *amor* la historia accidentada
se encuentra tapizada,
en tanto que sus pasos dirigia,
cargado de ilusiones sonrientes,
al lugar de una cita que tenia.

III.

Casi pegada á la maciza puerta
de un templo por los siglos combatido,
medio desnuda, por el frio yerta,
trasunto del dolor, ángel caído,
lanzado del edem por la inhumana
cruel aberracion de la manzana,
vése una pobre niña
de extraña perfeccion; rara hermosura
que el pincel de Murillo
no acertára á copiar en su grandeza;
imágen de dulcísima tristeza
y esquisita ternura;
cuadro inmenso y sublime
que escapa al genio del artista humano